

**Informe preliminar sobre investigaciones arqueológicas en
La Ciénaga, la hacienda Santa Bárbara y sitios aledaños,
departamento de Chalatenango**

— *Howard H. Earnest, Jr.*

El presente trabajo es un reporte sobre el período inicial del programa de investigaciones y rescate arqueológico en la sección noroeste del área de inundación de la presa del Cerrón Grande; en él se pretende describir algunos detalles importantes de lo que fueron excavaciones en el campo. El trabajo fue realizado por la Sección de Arqueología de la Dirección del Patrimonio Cultural, entre el 2 de julio y el 15 de septiembre de 1974. La sección del embalse que fue asignada para las operaciones de rescate comprendía desde las áreas de máxima inundación (por debajo de los 243 metros de elevación del agua) al norte del río Lempa hasta el río Azambio hacia el oeste. La mayor parte del período de excavaciones en 1974 estuvo dedicado a la investigación de diferentes puntos, al dibujo de perfiles y a la anotación de datos para la elaboración del mapa, en una extensa zona conocida localmente como La Ciénaga.

La zona investigada se encuentra en una meseta situada en las faldas de unas colinas al norte del valle del río Lempa, exactamente sobre las terrazas y el área de rebalse del río Soyate; sin embargo, el terreno ocupado propiamente por el sitio se encuentra a una elevación de más o menos 260 a 270 metros; es decir, más arriba de la zona de inundación de la reserva del Cerrón Grande, pero su destrucción fue amenazada, indirectamente, por el proyecto de construcción de la represa. La carretera a Chalatenango, que entonces se encontraba bajo construcción pasaría ligeramente al norte del área de rebalse del río, a través del sitio y de la mayor parte de sus estructuras mejor preservadas; el resto del terreno sería convertido en cañaveral en septiembre de 1974. A consecuencia de los trabajos propios de la siembra y con la construcción de la carretera, los restos arqueológicos de La Ciénaga estaban

Howard H. Earnest, Jr. obtuvo el grado de maestría en antropología en la Universidad de Harvard en el año de 1975. Actualmente es miembro de la junta directiva de la Chattanooga Anthropological Association, en Chattanooga, Tennessee, EE.UU. El autor agradece la ayuda de Manuel López y Jorge Mejía, del Departamento de Arqueología, Elsa Margarita Solís, de San Francisco State University, y la familia Bustamante, propietarios de la hacienda en cuyos terrenos se efectuaron las excavaciones. El transporte y los fondos para la investigación fueron provistos por la Comisión Ejecutiva Hidroeléctrica del río Lempa (CEL).

condenados a su destrucción en pocos meses y su investigación se hacía impostergable.

La región de La Ciénaga que había permanecido engramada hasta septiembre de 1974 contenía más de cien montículos, muy pequeños en su mayoría (menos de un metro de altura), a menudo tan pequeños que apenas alcanzaban 20 cms. de altura y por lo general tenían un diámetro menor de cinco metros. Dichos montículos fueron construidos principalmente de tierra, pero originalmente todos presentaban un gran número de piedras en su superficie. Por su tamaño y especialmente por su construcción a base de tierra, se convierten en el tipo de construcción que más fácilmente se destruye con la siembra de caña.

Durante el tiempo de trabajo en el sitio, las piedras fueron apartadas de la superficie de estos montículos, recogidas en carretas y tiradas en depresiones del terreno, y cuando se comenzaron los trabajos de cultivo en el mismo mes de septiembre, todos los montículos fueron arrasados con los arados y los discos de remoción, destruyendo así no solamente la estratigrafía y características de ellos, sino también rebajándolos una capa de por lo menos 50 cms., hasta el grado de desaparecer como montículos, excepto por el más grande de ellos.

Afortunadamente, la parte de La Ciénaga que permaneció engramada durante la ejecución de los trabajos agrícolas incluyó no solamente la parte donde se encuentra la mayoría de estructuras pequeñas, sino también lo que se cree que constituye el centro ceremonial para todo el asentamiento. Este centro consiste de un grupo de estructuras construidas de piedra y rellenas de tierra, que incluyen dos grandes montículos con plataformas y dos largos montículos lineales, uno a cada lado, que en conjunto definen una plaza rectangular. Al sur y contiguo a este grupo se encuentran otros dos montículos lineales de piedra, paralelos el uno al otro y a una distancia de aproximadamente quince metros, en una posición que sugiere el típico patrón del juego de pelota mesoamericano. Aunque la mayoría de estos montículos mayores han sido parcialmente dañados por saqueos, permanecen más o menos intactos, ya que su construcción de piedra hace difícil tanto los cultivos de caña como las excavaciones.

Debido al corto período de tiempo del que se dispuso para trabajar en La Ciénaga y al gran número de estructuras que investigar, era obvio que solamente una pequeña muestra de la evidencia arqueológica podría ser recobrada. Con esto en mente, se establecieron como metas las siguientes: en primer lugar, la preparación de un mapa del sitio mostrando la posición de estos montículos y las características del paisaje; luego, la investigación de las estructuras más pequeñas para determinar la naturaleza de su construcción y su estratigrafía interna, así como también para proveer información sobre su función; y, por último, la recolección de información en relación a la construcción de los montículos grandes en el grupo del centro ceremonial.

Los primeros dos objetivos fueron considerados de máxima importancia, puesto que es muy escasa la información existente sobre la zona de la periferia sur de Mesoamérica, debido a los siglos de uso intensivo a que

han sido sometidas estas tierras, la cual ha borrado toda evidencia de estructuras pequeñas en muchas regiones centroamericanas. Al mismo tiempo se observó que el estado de conservación de los montículos pequeños de tierra de La Ciénaga parece ser único entre los de esta porción del valle del río Lempa. Una vieja suposición ahora aceptada como un hecho por arqueólogos mesoamericanos es que tales montículos simples servían de bases para viviendas prehispánicas. Estudios de estas características han sido complementarios a excavaciones de centros ceremoniales en varios sitios de las tierras bajas mayas en la península de Yucatán, donde éstos, llamados allí "montículos casas" son abundantes, por lo que se consideró desde el principio de los trabajos que ésta era la función de la mayoría de los pequeños montículos que se encontraron allí.

El montículo número 20 fue escogido para una excavación más extensa, ya que un examen de todos los montículos en el sitio demostró que éste, aparentemente, era el que se encontraba más intacto, no solamente porque la cantidad de excavaciones de saqueo era mínima, sino también porque las piedras superficiales no habían sido apartadas para los trabajos de cultivo, a diferencia de todos los demás montículos. El montículo 20 era más o menos del tamaño promedio para el sitio (con una altura de superficie de 30 cms. y diámetro máximo en la parte más elevada de 15 metros).

Aunque las piedras de la superficie del montículo aparentemente no estaban esparcidas al azar, sino que parecían colocadas según un patrón intencional, la ubicación, la forma y el tamaño de cada piedra fueron ubicadas en un plano de la superficie del montículo antes de ser apartadas. El plano resultante revela algunas líneas claras de piedra que bien podrían indicar las esquinas de los cimientos. La versión final de los planos de la superficie y sub-superficie de las excavaciones del montículo 20 se encontraba en preparación al momento de someter el presente documento para su publicación. A pesar de que se esperaba que todo el montículo y algunas áreas de su alrededor pudieran ser excavadas, solamente alrededor del 70 por ciento de esta meta fue realizada; sin embargo, los 153 metros cuadrados que fueron excavados proveyeron una gran cantidad de utensilios y otros rasgos que incluyen tres entierros.

La estratigrafía del montículo 20 fue difícil de definir en el campo, principalmente porque cualquier estratigrafía artificial creada por la construcción del montículo y por las actividades encima y en sus alrededores después de la construcción quedó totalmente escondida por la deposición de estratos naturales. Esto fue generalmente el caso de todo el sitio, con excepción de los grandes montículos construidos de piedra.

En todas las demás áreas, la estratigrafía fue básicamente la misma o similar, y consiste de 1) una capa de tierra mezclada con barro, arena y humus, de color café oscuro; 2) una capa de arcilla color rojo; y 3) una capa de arcilla de color gris o gris amarillento. La tercera capa mostró más variedad en su composición que las dos capas superiores, variando de un barro color gris muy fino a un barro de color rojo amarillento mezclado con cascajo. El

tipo de piedras utilizadas en la construcción de los montículos grandes y las que cubrieron la superficie de los más pequeños parecen provenir de la parte norte del sitio, al pie de la falda frontal de una gran colina rocosa, ya que no se encuentran en la mayor parte del mismo.

Debido a la falta de evidencia de construcción en el montículo 20, las excavaciones fueron decepcionantes; no obstante, se obtuvo una buena cantidad de datos útiles, entre ellos la evidencia de que el montículo fue probablemente escenario de actividades residenciales o domésticas y no puramente ceremoniales, en base a la gran cantidad de utensilios encontrados: tiosos de vasijas de cerámica puramente utilitaria, herramientas y fragmentos de obsidiana y piedras de moler; significativamente, estos deshechos estaban concentrados en la parte más alta de la superficie del montículo. Un número menor de utensilios se encontró en los pozos excavados a los lados del montículo.

El aspecto importante de las excavaciones del montículo 20 lo contribuyó una serie de pozos que habían sido excavados por los habitantes antiguos, desde el nivel del montículo hasta un estrato inferior, a una profundidad de 20 a 30 cms. debajo de la zona del humus y raíces intrusos. La posición y las formas de estos rasgos fueron reconocidas fácilmente, en vista de que excavaron dentro del subestrato gris y lo rellenaron con una mezcla compuesta por tierra del sustrato gris y de los niveles superiores; así, el color del relleno de estos pozos fue más fácil de reconocer por su contraste con el color de la tierra virgen de los alrededores. Cada uno de estos pozos fue excavado hasta su profundidad original. Algunos estaban vacíos, conteniendo solamente el relleno mencionado y ocasionalmente tiosos; otros mostraron entierros humanos y ofrendas funerarias de cerámica que acompañaban a los muertos.

Tanto las vasijas como el material óseo encontrado en los entierros se encontraron muy deteriorados. No pudo determinarse con certeza la posición de los esqueletos, pero en tres casos se logró ubicar las calaveras y algunos huesos largos. Estos entierros no conservaban muchos rasgos físicos referentes a la edad o sexo de los individuos. Una de las vasijas utilizada como ofrenda funeraria también incluía una cuenta de jade y una orejera del mismo material. Además de las 30 vasijas que fueron encontradas como ofrendas funerarias, se encontraron otras tres enterradas en un nivel superior del relleno del pozo; el tipo de pozo en que estas vasijas fueron depositadas no pudo ser determinado, y una de ellas contenía seis cuentas de jade de relativamente baja calidad.

El descubrimiento de entierros con ofrendas funerarias y otros escondrijos abajo de un montículo no contradice la hipótesis de que el montículo haya sido la base o plataforma de una casa; por el contrario, esto puede confirmarlo, ya que los entierros debajo de los pisos de las casas constituye un rasgo común en la arqueología de Mesoamérica. Aunque las ofrendas que aparecen con estos entierros no han sido analizadas por completo, todas las piezas hasta la fecha examinadas indican que los entierros provienen del período clásico tardío (600-1000 d.C.); observación que es aplicable a todo el sitio, pues no han sido encontrados aquí tiosos que indiquen la existencia de un período más temprano o más reciente. Un análisis del material brindará mayor

seguridad en la secuencia cronológica y una idea de las relaciones con los conjuntos cerámicos contemporáneos de otras partes de la región sur oriental de Mesoamérica. El reconocimiento de sitios ya efectuado en la hacienda Santa Bárbara ha revelado otros lugares de valor arqueológico dentro del área sujeta a inundación, los cuales merecen ser investigados antes de que desaparezcan.

Grandes extensiones de Santa Bárbara y la mayoría de las haciendas vecinas todavía no han sido investigadas, pero contienen, sin lugar a dudas, otros rasgos de importancia arqueológica que esperan ser descubiertos. De los sitios conocidos hasta el presente en Santa Bárbara, además de La Ciénaga, existe uno llamado "Chacalingo número 1", que fue parcialmente excavado; consiste en un montículo pequeño y aislado construido de piedras. Los pozos de exploración abiertos en esta estructura, deformada por siglos de erosión, revelaron la posible existencia de un piso bien conservado debajo de ella.

Otros dos sitios sujetos a futura inundación son dos estructuras de piedra y adobe conocidos como "Las Guaras", que han sido dañadas extensamente por huaqueros, y al menos otras cuatro estructuras de piedra y barro con una amplia área adyacente de restos extendidos en la superficie, en el sitio conocido como El Tamarindo. Puesto que este último sitio ha sido el menos dañado, es probable que merezca una excavación más intensiva por parte de personal especializado.

Finalmente, otro sitio de Santa Bárbara consiste en un estrato de restos enterrados a 2.5 metros de profundidad por tierras aluviales. Una porción del depósito ha sido descubierta a causa de la erosión provocada por el río Grande. Las investigaciones realizadas sugieren que este lugar fue ocupado alrededor de los años 500 a 300 a.C. Debido a que este sitio ha estado protegido de actividades agrícolas por su gruesa capa de tierra, ya que el período representado es pobremente reconocido en el área, consideramos que debe dársele mayor prioridad en las excavaciones a realizarse. Se espera que allí habrá alguna preservación de restos de la fauna y flora prehispánica, y que podrá obtenerse alguna definición de la subsistencia humana en el valle del río Lempa durante tal período de tiempo.

Así también, cerca del sitio del río Grande y en la hacienda Las Flores, situada al sureste, aparece otro gran montículo de tierra de más o menos cinco metros de altura, el cual está ubicado, aparentemente al igual que el anterior, en el período preclásico (1500 a.C.-300 d.C.). Si estos dos sitios resultan ser contemporáneos, el análisis intensivo y la comparación de tipos de objetos de ambos lugares suministrarán datos de mayor importancia para nuestra comprensión de las culturas del período formativo de esta región. Los análisis de los artefactos rescatados durante el período de investigaciones aún no habían sido concluidos al escribirse el presente artículo; por ello, únicamente se ha pretendido describir algunos detalles importantes de las excavaciones en el campo.